

de la muchedumbre y de la autoridad. Quería un reinado visible, una constitucion social de su doctrina, un sacerdocio reconocido, templos, leyes, derechos, y por consiguiente era inevitable que encontrase en su camino el establecimiento religioso y politico que le habia precedido. Este establecimiento tenia dos nombres; se llamaba la idolatria y el imperio romano. La idolatria era el culto que reunia el universo bajo una misma forma religiosa; el imperio romano era el poder que gobernaba á toda la humanidad conocida, con corta diferencia. La una y el otro eran incompatibles con el establecimiento del reinado de Jesucristo, y ese reinado no podia comenzar sino aboliendo la idolatria como una falsa religion, y modificando el imperio romano para acomodarle á las leyes promulgadas por el Evangelio.

Hasta ahora, quizá, habreis considerado la idolatria como una organizacion religiosa facil de trastornar: os engaÑais. De todos los cultos que se han aposesionado del hombre, no hay ninguno, escepto el cristianismo, que haya tenido mas estension y solidés que la idolatria. Esto depende de que las tres grandes pasiones del hombre son servidas en ella á medida del deseo. Cuáles son esas tres grandes pasiones? La primera, os vais á pasmar, la primera es la pasion religiosa, la necesidad de tratar con Dios. Si, Señores, la pasion religiosa va en nosotros al frente de todas, aun delante de la del placer. Porque el placer solo afecta á los sentidos que son frágiles, que se consumen pronto, que se cansan de sí mismos, mientras que la necesidad religiosa, especie de hambre divina, tiene su origen en lo mas profundo de nuestro ser, y allí se alimenta con la meditacion de todas las miserias que nos disgustan sin cesar de la vida presente. El orgullo, así mismo, no viene sino despues; por vivo que sea, está sujeto en la tierra á infinitas humillaciones para que no secunde y lleve delante de sí en nuestra alma, un afecto mejor y mas dulce, el que nos aproxima á Dios y nos hace buscar en su grandeza nuestra propia dignidad. La religion es la primera y mas antigua a-

miga del hombre; aun cuando le da que sentir, la respeta todavia y mantiene con ella secretas intimidades. Que el estado de nuestro pais, Sres., no os cause ilusion con respecto á esto; pues no porque en Francia haya algunos millones de hombres embrutecidos en un ateismo práctico, debeis crér que ese es el estado natural del género humano. Esto es consecuencia de circunstancias extraordinarias, y la misma Francia, á pesar de la irreligion de una parte de sus hijos, no ha dejado un solo dia de llevar en su seno glorioso una multitud de al mas quesirven á Dios ardientemente y que honran su fé con obras conocidas de toda la tierra.

Mas la idolatria, á pesar de sus apariencias poco doctrinales daba satisfaccion á la necesidad religiosa: tenia templos, altares, un sacerdocio, sacrificios, oraciones, ceremonias públicas y ponposas, un estado muy grande en el mundo; y los andrajos de su mitologia encubrian aun bastantes recuerdos de Dios, para que el alma hubiera estado enteramente en ayunas y sin alimentos.

Lo admirable era que dando pabulo la idolatria á las inclinaciones elevadas de nuestra naturaleza, no desdeñaba las mas abyectas y las alimentaba con actos religiosos. Yo no se que arte profundo habia amalgamado á Dios con la materia, á la religion con el deleite, y hacia descender del mismo altar, pensamientos graves y estímulos vergonzosos. La idolatria tenia todo en sus dioses; los deseos eran complacidos enteramente por medio de los oráculos; que artificio tan ingenioso para que los Dioses á su vez fuesen obedecidos! Añadid á esto que la tercera pasion del hombre, el orgullo de la dominacion, tenia tambien en este culto, sabio por su degradacion misma, una amplia satisfaccion. La idolatria no era distinta del imperio; el Príncipe, el Senado, ó el Pueblo disponia de la magistratura sacerdotal, nombraba los pontífices, arreglaba las ceremonias, se complacía en ocultar la toga de sus cónsules bajo el manto de sus dioses. La religion era tambien la patria. Se veían marchar igualmente delante de la repúbli-

ca las fasces y los altares: las fasces, símbolo de su justicia y de su poder, los altares, símbolo de la alianza misteriosa que enlazaba los destinos del Estado con los destinos mismos de los dioses.

No, vosotros no os representareis jamás bastante bien la fuerza de esa institución. Ah! si una ceremonia pagana reviviera á vuestros ojos; si pudieseis ver á Roma subiendo al templo de Júpiter Capitolino, á ese pueblo, á esas legiones, á ese senado, á todos los recuerdos patrióticos subiendo con ellos, y todos juntos llevando á los dioses la nueva victoria de Roma! si oyeseis el silencio y el ruido de la unanimidad, el murmullo de las pasiones convencidas de su derecho y satisfechas con su triunfo, tanto el orgullo como el deleite, tanto el deleite como la religión, lo elevado y lo abyecto, el cielo y la tierra, todo á la vez, todo en un solo día y en una sola acción: si hubierais visto y oído esto, vosotros mismos quizá, sucumbiendo á esa total embriaguez de las facultades humanas, vosotros habríais por un momento encorvado la cabeza y adorado en las manos de Roma á los antiguos dioses del mundo!

No obstante era necesario no adorarlos, era necesario destrozarlos: esa era la órden de Jesucristo. Era necesario destrozarlos en todo el universo, pues que todo el universo era subdito de la idolatría. Y qué se presentaba para poner en lugar de ellos? Un hombre humillado hasta el suplicio de los esclavos: un hombre salido de un país sobre el que los Romanos vertían á torrentes el ridículo y la opresión; un judío, y un judío crucificado! Ved lo que unos pescadores de la Judea llevaban á Roma, al Capitolio, para reemplazar la estatua de Júpiter Capitolino! Juzgad Sores. La ignominia en lugar de la grandeza, la penitencia y la mortificación en lugar del placer. La penitencia y la mortificación, qué palabras! Apenas me atrevo después de diez y ocho siglos de naturalización, á pronunciarlas sin disfraz ante vosotros cuyos oídos están nutridos con el lenguaje del Evangelio; y sin embargo era preciso hablar á

los Romanos de penitencia y mortificación! Era preciso decirles: os traemos una religión toda pura y toda santa, fundada sobre la inmolation del cuerpo por la castidad, y no solo por la castidad, que no es mas que la abstinencia de un placer, sino por el odio directo de los sentidos. Venimos con la vara en la mano, á enseñaros á tratar á vuestro cuerpo como á un esclavo, porque es en efecto el esclavo de las mas viles inclinaciones, y porque no podeis librar de él á vuestra alma, sino conteniéndolo con el respeto y los castigos de la esclavitud. Era preciso decir estas cosas á un pueblo envanecido con siete siglos de arrogancia y de dominación, sumergido en los sentidos tanto como en el orgullo, y que estaba habituado á encontrar en sus dioses, que se pretendían destruir, la justificación de su espléndida ignominia. Mas Jesucristo lo había mandado: su órden fué promulgada, obedecida, adoptada, y el reinado de los ídolos cayó ante el reinado de la Cruz, á despecho del imperio romano.

El imperio romano era solidario de la idolatría; pero tenía otro lado por el cual no era menos enemigo del establecimiento cristiano. Ese imperio se había fundado lentamente á fuerza de prudencia y concatenación en sus resoluciones, de valor en sus ejércitos, de abnegación en sus gefes, hasta el día en que, hecho dueño del mundo, se doblegó bajo el peso mismo de su grandeza, y perdió en la corrupción todas las libertades públicas que habían constituido su gloria y servido para su salvación. Cuando Jesucristo vino al mundo, solo subsistían algunos simulacros de sus antiguas instituciones, deshonorados ya, y cuando murió, el imperio había pasado de Augusto á Tiberio por una decadencia que presagiaba á Neron. La tribuna de las arengas había enmudecido, el pueblo se consolaba de la pérdida del Foro con un pedazo de pan que se le tiraba; el senado envilecido y diezclado en sus últimos hombres ilustres, no sabía oponer al despotismo mas que la prontitud de una obediencia que cansaba algunas veces el capricho insolente del amo. Un solo hombre era todo, y ese

hombre podia impunemente desafiar á la esclavitud. Le ocurrió un dia hacer deliberar al senado, es decir á las reliquias de todas las grandes familias romanas, á los descendientes de aquellos padres conscritos que habian llevado con tanta arrogancia en los pliegues de su toga la guerra y la libertad, le ocurrió hacerlos deliberar sobre la salsa que seria apropósito para un pescado. Os agradezco, Señores, el esfuerzo que habeis hecho para contener la risa: es ese á la verdad, el mas grande insulto que se ha hecho á la naturaleza humana en la persona del cuerpo político mas eminente que ha producido jamas. Dios lo ha permitido, Señores, para enseñarnos hasta que punto se precipita el hombre por la corrupcion de la riqueza y por la apostasía de la libertad, de esa depositaria de todos los derechos y de todos los deberes. Tal era pues Roma en el momento en que Jesucristo enviaba á sus discipulos para convertirla á él, y tal era con Roma el mundo entero. La dominadora universal, despues de haber encadenado las naciones á su grandeza, las tenia encadenadas á sus humillaciones, y por la primera vez en la historia del género humano, la libertad no tenia ya asilo en ninguna parte.

Digo que era la primera vez. Hasta entonces, por una providencia digna de todas nuestras acciones de gracias, Dios habia querido que hubiese siempre alguna tierra libre en que la virtud y la verdad pudiesen defenderse contra la conjuracion de los mas fuertes. Mientras el Oriente era fecundo en tiranías seculares, el Egipto tenia instituciones dignas de estimacion y juzgaba á sus reyes despues de su muerte; la Grecia defendía su tribuna contra la ambicion de los reyes de Persia; Roma protejia á sus ciudadanos con un derecho que rodeaba su vida de una multitud de baluartes sagrados. Si de los tiempos antiguos pasamos á los tiempos modernos, notaremos la misma atencion de la Providencia á no permitir que el despotismo reine por todas partes á la vez. El mundo actual se divide en tres zonas: la zona de una tiranía sin límites, que nada tiene que envidiar á las mas sangrientas historias de lo pa-

sado; una zona intermedia en que se permite todavia alguna expansion al pensamiento y á la fé; y en fin la generosa zona occidental de la que hacemos parte, esos grandes reinos de Francia, de Inglaterra, los Estados-Unidos de América, la España donde los derechos y los deberes tienen garantías, donde se habla, donde se escribe, donde se discute, donde, mientras que la fuerza oprime á la majestad de Dios y del hombre en regiones lejanas, nosotros, á la faz del mundo, la defendemos y la defendemos sin gloria, porque nada amenaza en este ejercicio á nuestra cabeza ni á nuestro honor.

Un solo momento ha habido en que, tomando la carta del globo, hubierais en vano buscado una montaña ó un desierto que diese asilo al corazon de Caton de Utica, y en el que Caton de Utica juzgara necesario pedir á la muerte una libertad que ningun punto de la tierra podia darle. Este momento único y formidable era el mismo en que Jesucristo enviaba á sus apóstoles á predicar el Evangelio á toda criatura y á fundar en su fé, en su amor y en su adoracion, el reino de las almas y de la verdad.

Veamos lo que era ese reino con relacion al imperio romano.

Era en primer lugar la libertad del alma. Jesucristo queria el alma; queria que ella con entera libertad lo conociese, lo amase, lo adorase, le suplicase y se uniese á él. En ninguno fuera de él reconocia derechos sobre el alma, y mucho menos el derecho de impedir las comunicaciones del alma para con él mismo. Mas todavia: Jesucristo queria la union pública de las almas en su servicio; no pensaba en ocultarse; exigia un culto patente y social. La libertad del alma llevaba consigo el derecho de fundar Iglesias materiales y espirituales, de celebrar concilios, de rogar en comun, de oír en comun la palabra de Dios, ese pasto sustancial del alma, que es su pan cotidiano y del que no se le puede privar sin un sacrilegio homicida. La libertad del alma incluía el derecho de practicar en comun todas las ceremonias del culto, de recibir en comun los

sacramentos de la vida eterna; de vivir en comun con el Evangelio y con Jesucristo. Ninguno sobre la tierra tendria ya el gobierno de las cosas sagradas, mas que los unguidos del Señor, las almas escogidas, iniciadas en una fé y en un amor mas grandes, puestas á prueba por los sucesores de los apóstoles, santificadas por la ordenacion. Todo el resto, príncipes y pueblos, eran escludos de la administracion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, centro divino del reino de las almas, y que no debia ser entregado á los perros, segun la espresion enérgica del dulcísimo Evangelio.

Mas como el alma es el fundamento del hombre, creando la libertad del alma, creaba Jesucristo al mismo tiempo la libertad del hombre. El Evangelio regulador de los derechos y de los deberes de todos, adquiria el poder de una carta universal, que servia de medida á toda autoridad legítima, y que, llenandolo de bendiciones, la preservaba de los exesos en que el poder humano habia caído por todas partes. Por esto el reino de las almas era absolutamente lo contrario del imperio romano, y era imposible imaginar un antagonismo mas acabado. El imperio romano era la esclavitud total, el reino de las almas la libertad total; el imperio romano era la esclavitud universal, el reino de las almas la libertad universal. Entre ellos la cuestion era ser ó no ser: la lucha era inevitable, debia ser encarnizada.

Y bien, de que fuerza disponia el reino de las almas contra ese imperio cubierto de legiones? De ninguna. El Foro? no lo habia ya. El Senado? habia acabado. El pueblo? ya no existia. La palabra? habia enmudecido. El pensamiento? habia terminado tambien. Era á lo menos permitido á los primeros cristianos reunirse á la ventura para combatir uno contra cien mil? No, no les era permitido. Cuál era pues su fuerza? La misma que habia tenido Jesucristo. Ellos debian confesar su nombre y morir despues, morir hoy, morir mañana, morir pasado mañana, morir siempre, es decir vencer la servidumbre por el uso pacífico de la libertad del alma:

Vencer la fuerza, no con la fuerza, sino con la virtud. Se les habia dicho: Si por espacio de tres siglos podeis decir, voz en cuello; *Creo en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su único hijo, Señor nuestro, que nació de la Virgen Maria, que murió y resucitó*; si durante tres siglos podeis decir esto con un tono elevado y morir todos los dias despues de haberlo dicho, dentro de tres siglos, vosotros sereis Señores, es decir libres.

Esto es lo que ha sucedido precisamente.

Esto es lo que ha sucedido á despecho del furor del imperio romano que hacia del universo un verdugo, y que perdia en la inutilidad de los suplicios su razon espantada. Nada diré de los mártires; ellos han vencido, como todo el mundo lo sabe. Y el reino de las almas fundado con su sangre, el reino de las almas que debia destruir la idolatria y que la ha destruido, que debia trastornar el imperio romano y que lo ha trastornado en lo que tenia de falso é injusto; el reino de las almas en dónde ha establecido su capital! En Roma! En el solio de la fuerza fue colocado el solio de la virtud; en el solio de la servidumbre, el solio de la libertad; en el solio de los ídolos afrentosos, el solio de la cruz de Jesucristo; en el solio de donde se difundian por todas partes las órdenes de Neron, el solio del anciano desarmado, que á nombre de Jesucristo, cuyo vicario es, distribuye sobre todo el mundo la pureza, la paz y la bendicion. O triunfo de la fé y del amor! O espectáculo que arrebató al hombre sobre sí, mostrándole lo que puede en favor del bien con el auxilio de Dios! Yo he visto con mis ojos esa tierra libertadora de las almas: ese suelo formado con las cenizas y la sangre de los mártires, y por qué no me he dejar llevar á recuerdos que confirmen mi palabra, rejuveneciendo mi vida?

Un dia pues palpitandome el corazon, entré por la puerta Flaminia en esa ciudad famosa que habia Conquistado el mundo con sus armas y lo habia gobernado con sus leyes. Corro al Capitolio; mas el templo de Jupiter Capitolino no coronaba ya la heroica cima. Bajo al Foro; la tribuna de las

arengas estaba hecha pedazos, y la voz de los pastores habia sucedido á la voz de Ciceron y de Hortensio. Subo con afan por los senderos escarpados del Palatino; los Césares estaban ausentes, y ni siquiera habian dejado á la puerta un pretoriano para preguntar su nombre al extranjero curioso. Mientras contemplaba lleno de emocion, esas ruinas imponentes al traves del azul del cielo de Italia, percibo á lo lejos un templo embellecido por una cúpula que á mi juicio cubria todas las grandezas presentes de la ciudad cuyo polvo pisaba. Me encamino á él, y allí, sobre una plaza tan inmensa como magnífica, encontré la Europa reunida en la persona de sus embajadores, de sus poetas, de sus artistas, de sus peregrinos, multitud diversa por el origen, pero identificada, me parecia, por una expectativa comun y profunda. Yo esperaba tambien, cuando á la estremidad de la plaza veo adelantarse un anciano llevado en un carruaje, con la frente desnuda, y teniendo en sus dos manos, bajo la forma de un pan misterioso, á ese hombre de la Judea antiguamente crucificado. Todas las cabezas se inclinan á su paso, las lágrimas corren en un silencio de adoracion; y sobre ningun semblante observé la protesta de la duda, ni la sombra de otro sentimiento que no fuese á lo menos el respeto. Adoraba á mi Señor y á mi rey, al rey inmortal de las almas; tomaba parte en su triunfo, sin tratar de espresar mi emocion ni aun por una palabra interior, cuando de repente, el obelisco de granito que estaba en medio de la plaza cantó para nosotros todos, mudos y enagenados, el himno del Dios victorioso: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!* Y temiendo que algun enemigo se encontrase entre aquella multitud, se respondió á sí mismo con otro canto celebre que nos advertia huir del leon de Judá si no queriamos adorarlo en su victoria. Despues de los años que han blanqueado ya mi cabeza, os repito esas amenazas y esos gritos de gozo; felices vosotros si no huis, felices si acercandoos mas, decís con todos nosotros hijos de Jesucristo y miembros de su reino: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat, Christus ab omni malo plebem suam liberat!*

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA.

DE LA PERPETUIDAD Y DEL

PROGRESO DEL REINADO DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Como lo habia querido y como lo habia anunciado, Jesucristo ha establecido sobre la tierra el reino de Dios, el reino de las almas del cual es gefe; lo ha establecido, á pesar de la dificultad de reinar sobre los hombres por la fé, el amor y la adoracion, dificultad que he llamado privada, y á pesar de la dificultad pública que le presentaba la sociedad religiosa y política, tal como se hallaba entonces constituida. Pero es bastante, Señores, para afirmar que Jesucristo se ha sobrevivido como Dios, que su obra esté marcada con un sello que no puede ser otro que el de la divinidad? No, no es bastante; porque aunque el éxito que ha tenido, mirándola en el punto en que la hemos dejado, es decir al advenimiento de Constantino, haya sido prodigioso, sin embargo es peculiar de todo poder que aparece en el mundo, tener una lucha y un triunfo, lucha y triunfo, convengo en ello, que no siempre tienen la misma magnitud, pero que en fin tienen de comun darse á conocer, forcejar, y llegar por último á un momento favorable que puede llamarse un buen resultado. Lo que es mas difícil y necesario para la confirmacion de la victoria, es resistir á la victoria misma. Un diplomático célebre ha dicho: “El tiempo es el grande enemigo.” Y bien! Ha vencido Jesucristo al grande enemigo? Despues de la idolatria, despues del imperio romano, ha vencido á ese otro poder, que no es mas que la eternidad disfrazada, al